M&A InC.

Massot / Monteverde & Asoc. 3/4/13 - Año X, número 495 inc@ar.inter.net

El análisis político y económico de los doctores Vicente Massot y Agustín Monteverde

El dilema bonaerense

Salvo que a Cristina Fernández le hagan encuestas a medida —lo cual no sería de extrañar en atención al temor, verdaderamente reverencial, que paraliza a sus subordinados cuando de llevarle malas noticias se trata— su preocupación respecto de la provincia de Buenos Aires ha de ser mayúscula. A primera vista todo parecería indicar que la situación, compleja por donde se la mire y sin solución fácil ni rápida, a quien le debería quitar el sueño es a Daniel Scioli. Puede que sea así, a condición de incluir en ese quebradero de cabeza a la presidente.

Dejemos de lado, al menos de momento, las conjeturas y especulaciones propias de cualquier análisis de este tipo y pasemos revista a los hechos contantes y sonantes, o sea, a los datos que no admiten hoy discusión ninguna. Es cierto que, como estamos inmersos en el mundo de la política —caracterizado por la particularidad y la contingencia— cuanto ahora resulta incontrovertible mañana puede ser barrido por unos acontecimientos sorpresivos, que nadie haya tenido en cuenta. Pero, en líneas generales, y faltando apenas cinco meses para las internas y siete para las elecciones legislativas, hay cosas que difícilmente varíen.

En noviembre pasado uno de los principales operadores del kirchnerismo —entonces con acceso directo a la Casa Rosada— le hizo saber a la señora las dificultades que encontraba su

cuñada para levantar cabeza en las encuestas. Que el alerta temprano caló hondo en Balcarce 50 lo puso en evidencia la decisión instantánea de medir a Florencio Randazzo y a Julián Domínguez entre el electorado bonaerense. Si Alicia Kirchner con el apellido a cuestas y los dineros de la acción social repartidos a diestra y siniestra desde 2003, no superaba 40 % de intención de voto, los otros dos nombrados ni siquiera traspasaban 15 %.

Que ello no ha mejorado lo demuestran las dos encuestas de Poliarquía, realizadas en enero y marzo pasados en el principal distrito electoral del país. A comienzos de año la candidata del Frente para la Victoria figuraba en primer término con 36 %, superando apenas a Francisco De Narváez que trepaba a 33 %. Sesenta días más tarde, poco más o menos, la Kirchner perdió cinco puntos, ubicándose segunda detrás del *Colorado* que mantuvo el caudal de enero. Margarita Stolbizer está tercera con 12 % y Gustavo Posse cuarto con 4 %.

No se necesitan muchas luces para darse cuenta que, si las posibilidades del kirchnerismo de ganar Mendoza, Córdoba, Santa Fe y el distrito Capital son remotas y si además, por muchos afeites y retoques que se le hagan a la candidata bonaerense, nunca lucirá atractiva desde el punto de vista electoral, el gobierno nacional está frente a un verdadero berenjenal.

Cristina Fernández todavía arrastra votos y su imagen —si bien se ha derrumbado desde que ganó los comicios presidenciales, un año y medio atrás— comparada con la de los demás políticos del arco opositor, es relativamente buena. El problema para ella es que no sucede lo mismo con ninguno de sus escuderos. Con sólo tomar nota de que el oficialismo ha mandado medir a Ricardo Forster —un desconocido del gran público— para encabezar la boleta de la Capital Federal, puede uno darse una idea de la orfandad que aqueja al FPV.

Alicia Kirchner es tan carismática como una estatua; Forster es un personaje ignoto fuera de los minúsculos ámbitos académicos y Agustín Rossi es un perdedor vocacional que, en Santa Fe, no le hace mella a Hermes Binner ni a Miguel Del Sel. Ni hablar de Córdoba, donde el kirchnerismo nunca ha terminado de hacer pie; o de Mendoza, donde Julio Cobos podría echarse a dormir una siesta hasta transcurrida la elección e igual le ganaría a cualquiera que se le pusiese enfrente.

¿Qué puede hacer, pues, Cristina Fernández? Aquí comienzan las conjeturas y, si se quiere, los ejercicios de imaginación, de ordinario tan riesgosos. Entre otras razones porque resulta menester ponerse en la cabeza de la presidente y pensar qué camino tomará de aquí a agosto, mes en el cual habrán de substanciarse las llamadas PASO. Al respecto es oportuno advertir que no son unas primarias formales, sin peso ni importancia. Por el contrario, si se desarrollasen con normalidad, marcarán una tendencia e inclusive anticiparán cuanto probablemente ocurra sesenta días después.

En virtud de lo que hasta aquí ha demostrado el kirchnerismo a la hora de acumular y defender el poder, ninguna de las tres alternativas posibles, enumeradas más abajo, es a priori descabellada y, por lo tanto, conviene sopesarlas con cuidado. Son, a saber, éstas: 1) mantener a Alicia Kirchner al tope de la boleta conforme a una estrategia basada en el protagonismo no de la hermana del santacruceño sino de su viuda; ello supondría que aquella tendría un papel de reparto en tanto la presidente sería la actriz principal; 2) tratar de convencer o de amedrentar a Daniel Scioli para que repita el curso de acción de cuatro años atrás, cuando secundó a Néstor Kirchner como candidato testimonial; esto implicaría fumar con el gobernador la pipa de la paz y colmarlo de favores, de lo contrario sería difícil imaginar por qué el mandatario provincial accedería a desempeñar un rol tan poco decoroso y, en su momento, fallido; 3) intentar la misma jugada, sólo que con Sergio Massa.

Se dirá, no sin buenas razones, que mientras la primera de las variantes parece lógica, las otras dos tienen algo de forzadas y hasta podrían no resistir el análisis. Aun si fuese cierto, de todas maneras el problema para el gobierno no se despejaría en tanto y en cuanto la intención de voto de Alicia Kirchner no mejorase. El dilema que, en estas horas y por los próximos meses, hasta cerrar las listas, deberá despejar Cristina Fernández, es producto de una candidatura —la de su cuñada— incolora, inodora e insípida. Si, de buenas a primeras, el panorama cambiase drásticamente, sea porque la ministro de Acción Social nos sorprende a todos con unas dotes de campañas de momento desconocidas, o por el efecto locomotora de una presidente que cargase sobre sus hombros la responsabilidad de vencer a De Narváez el 28 de junio, nadie pensaría en Scioli o Massa.

Pero si todo siguiese como hasta ahora, las posibilidades de que la Casa Rosada deba negociar en serio con el ex–motonauta o con el intendente de Tigre estarían a la vuelta de la esquina. Es que, en caso de no intentarlo, el 29 de octubre la derrota del kirchnerismo podría ser similar en términos electorales e infinitamente peor en términos de su continuidad política, a la de 2009. Entonces cuanto se hallaba en juego era el dominio de un poder legislativo —la minúscula nunca tuvo tanto sentido— irrelevante. En octubre, en cambio, del reacomodamiento en las dos cámaras dependerá la posibilidad de motorizar o no la reforma constitucional y la re–reelección de Cristina Fernández. ¡Pequeña diferencia!

Si lo que se juega es la vigencia del *modelo* más allá de 2015, por qué descartar un acercamiento —no importa lo difícil que resulte— con las únicas dos personalidades de la política que forman parte del peronismo y, hasta nuevo aviso, del FPV; que —si no debiesen rendirle cuentas y pleitesía a la señora— ganarían cómodos cualquier elección en tierras bonaerenses y que todavía no han cortado amarras ni volado los puentes con el gobierno nacional.

La ventaja con la cual cuenta la Fernández es que no tendría necesidad, en virtud de su investidura, de peregrinar hasta La Plata o Tigre. Bastaría un llamado para que Scioli o Massa se acercasen a Olivos. La desventaja es la soberbia que forma parte de su naturaleza. En su agenda no figuran Scioli y Massa y ni por asomo pensaría hoy en invitarlos a negociar un acuerdo. La presidente no sabe hacerlo. No concibe el principio del *do ut des* —doy para que me des—, sin el cual no existe negociación ninguna.

Claro que si los relevamientos que analiza a diario no son sólo los de sus *empleados* —Roberto Bachmann, Doris Capurro, Artemio López y Ricardo Rouvier, entre otros—, tarde o temprano se dará cuenta que con lo que acredita de fuerza electoral no alcanza y que, en consecuencia, si desea evitar un desastre electoral, algo deberá cambiar: los candidatos o la estrategia o, quizá, las dos cosas a la vez. Santa Cruz ha sido un toque de atención. En la chacra supuestamente alambrada y a prueba de balas de los Kirchner, un acorralado y vilipendiado Daniel Peralta acaba de propinarle una paliza de proporciones a los seguidores de la presidente. Hasta la próxima semana.

Situación fiscal – enero

El ahogo a las provincias como variable de ajuste

- El gobierno ha impuesto una nueva práctica, siempre en línea con su política de desinformación y manipulación de estadísticas y cuentas publicas.
    - La ejecución presupuestaria se difunde desde hace ya varios meses con sesenta días de atraso.
    - Por supuesto que ese tiempo es más que suficiente para hacer los enjuagues contables que sean menester para que los números fiscales luzcan de la forma menos negativa posible.
- El resultado final —denominado *financiero* en la jerga de las finanzas públicas— del primer mes del año fue deficitario en $ 1583 MM.
    - Esta cifra marcaría una disminución de 44 % frente al rojo registrado en enero de 2012.
    - El superávit primario —es decir, antes de computar el pago de intereses de la deuda— ascendió a $ 816 MM, lo que representó un incremento de 31 % interanual.
- Los ingresos y el gasto primario crecieron a ritmo similar.
- Los ingresos totales aumentaron 25,5 % interanual, lo que muestra una desaceleración del ritmo de crecimiento respecto al acumulado de 2012 —que había crecido 26,6 %, en línea con la inflación.
    - Los números de recaudación de marzo a que hemos tenido acceso muestran que los ingresos continúan su caída.
    - La tasa de incremento que mostraron los recursos totales en enero se ubicó levemente por debajo de la inflación.
        - Los ingresos tributarios aumentaron 19,6 % interanual, lo que marca una indiscutible caída en términos reales.
            - Habían crecido 24,8 % interanual durante 2012.
            - La mala performance de los recursos tributarios en el mes obedece al derrumbe de 36 % interanual que sufrieron los derechos de exportación —motivado fundamentalmente por la fuerte contracción de las ventas energéticas.
        - Los fondos apropiados a la seguridad social son los que sostienen los ingresos fiscales al trepar 33 % frente a lo colectado en enero de 2012.

- El gasto primario tuvo un incremento de 25,4 % en enero, lo que significó una desaceleración respecto al acumulado de 2012 —cuando había trepado 29 % interanual.
    - En esta moderación del gasto primario incidió la fuerte contracción en términos reales que experimentaron los subsidios corrientes al sector privado y especialmente los dirigidos al sector público.
        - Las transferencias al sector privado aumentaron apenas 5,6 % en términos nominales, lo que implica una contracción del orden de 20 % en términos reales.

          La acumulación de diversos aumentos en las tarifas de transporte y energéticas —desde colectivos y trenes hasta electricidad y gas— permitieron reducir las transferencias a esos sectores.
        - Pero las transferencias al sector público mostraron una caída nominal de 4,1 % interanual, lo que si descontamos la inflación equivale a una reducción de más de 30 puntos porcentuales.
        - Esa caída habría sido mucho más violenta si no fuera por las universidades nacionales, siempre beneficiadas en el dispendio gubernamental, que recibieron 32,3 % más pesos (corrientes) que un año antes.
        - En cambio, las transferencias a gobernadores e intendentes padecieron un auténtico colapso, al desmoronarse en pesos corrientes 37,7 % frente a enero del año pasado; en términos reales, esto significa una brutal contracción de los recursos discrecionales de origen federal a una cuarta parte de lo que representaban un año antes.
    - El total de gastos corrientes —que incluyen los servicios de la deuda— fue beneficiado por esta severa reducción de los subsidios a provincias y al sector privado y por una contracción aun mayor en los intereses sobre la deuda abonados en el período.
        - Lo erogado por intereses fue 30,2 % inferior a lo pagado en enero de 2012; si descontamos la inflación, significa que se contrajo a menos de la mitad de lo que significó un año antes.
        - El gasto de operación del estado continuó trepando a un ritmo superior a la inflación, de 28,5 % interanual.
        - Las prestaciones de la seguridad social siguen, por su parte, escalando a un ritmo de 35 % interanual.
        - Y, si bien lo reconocido como déficit de las empresas públicas decayó, el oscuro rubro *otros gastos corrientes* saltó 121,7 % interanual y significó nada menos que $ 2300 MM.
    - A contramano de lo que ocurrió con las provincias, el gasto con efecto electoral dirigido a obras públicas federales sigue ascendiendo con renovada fuerza: nada menos que 38,1 % interanual.

- Las provincias también han sido perjudicadas no sólo en las transferencias corrientes sino también en los subsidios de capital que reciben de la Nación, que se mantuvieron estancados en términos nominales respecto a lo que recibieron en el primer mes de 2012.
- No fue el caso de las transferencias de capital —rubro que también incorpora fondos dirigidos a empresas públicas— identificadas con el ambiguo rótulo *otras*, que saltaron a poco menos del doble.

Secciones del informe completo

- *Crónicas políticas*
- Situación fiscal – enero
  El ahogo a las provincias como variable de ajuste
- La hora de las culpas
  ¿Yo, señor? ¡No, señor! —Pues, entonces, ¿quién la tiene?
- Aprendiendo a los golpes (I)
  Tardía preocupación por la oferta y demanda monetarias
- Aprendiendo a los golpes (II)
  Estilo Moreno, pero en retromarcha
- Reservas en la cornisa y liquidaciones que se demoran
  Espera que desespera
- Malos vientos en Nueva York
  Elecciones en default